

## “MI PAZ LES DOY”

*Basilio Hurtado, OSB<sup>1</sup>*

Bajo el lema “Mi Paz les doy”, se preparó y realizó la visita del Papa Francisco a Chile, que tuvo lugar entre el 15 y el 18 de enero de este año 2018. Recuerdo que cuando se difundió la noticia de que el santo Padre Francisco visitaría Chile en esa fecha, nos alegramos pero al mismo tiempo nos llenamos de preguntas. Fue algo comunitario pero también eclesial y nacional. Recibir y acoger a un Papa en pleno verano no es el mejor momento. Cuando tuvimos un poco más de información, por allá en febrero del 2017 y sabíamos que la visita era algo oficial, que se realizaría entre el 15 y el 18 de enero, nos llamó la atención lo breve que sería esta visita. Casi cuatro días en Chile, visitando además de Santiago, Temuco en el sur e Iquique en el norte... era muy poco. ¿Cómo podría ser esta visita exitosa, siendo así, en tiempo de vacaciones? Supimos más tarde que la fecha y los lugares a visitar, así como los días asignados, fue un asunto que venía desde el Vaticano. Muchos guardamos aún en el recuerdo la visita del Papa san Juan Pablo II en abril de 1987, que duró una semana completa, un acontecimiento impresionante, recorriendo Santiago y muchos otros lugares de Chile. No podíamos pretender lo mismo, aunque el carisma del Papa Francisco compite fácilmente con el del santo polaco.

El 2017 fue para la Iglesia de Santiago y especialmente para Mons. Fernando Ramos, Obispo auxiliar de Santiago, organizador de la visita, un tiempo exigente de preparación y coordinación. En el monasterio fuimos teniendo de vez en cuando noticias de buenas fuentes por las visitas esporádicas del rector del Seminario Pontificio de Santiago, P. Cristián Castro, sacerdotes que visitan la comunidad y el mismo obispo Ramos, quien nos dio un breve curso sobre San Juan en el mes de agosto. Los medios de comunicación, en lugar de animar y fomentar la visita con un espíritu positivo y edificante, se empeñaron en todo lo contrario. Sospechas, inquietudes y preguntas frente a la visita del Papa Francisco a un Chile y a una Iglesia chilena en total crisis, deudora de la verdad y protagonista de las más horribles calamidades por abusos y desórdenes. El caso del P. Fernando Karadima, que estalló en el 2010, volvió entonces a los titulares, y también sus

---

1 Monje de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Chile.

seguidores, en especial Mons. Juan Barros, obispo de Osorno. Las víctimas del caso en cuestión, quienes hablaron en los medios de lo que ocurría desde hace tiempo, y su propio testimonio de haber sido abusados, ahora volvían a la carga con recargadas tintas. Paralelamente un gran número de católicos animaban por las redes sociales a entrar en “modo Francisco”, en una labor fina, explotada especialmente en las parroquias. Lo que pudimos percibir, antes de la llegada del Papa Francisco, fue que existía una gran alegría pero en otras personas y lugares un “mal espíritu”, salpicado de cuestionamientos y dudas. Mucho más difícil fue para la misma Iglesia animar espiritualmente la visita del Papa cuando en simultáneo, el último año de su gobierno, la Presidente Michelle Bachelet promovió y consiguió la ley de aborto por medio de tres causales y promovía la legislación sobre la identidad de género. Los católicos no tuvieron tiempo de oponerse, ni la Iglesia jerárquica de dar la voz de alarma. Todos los sacerdotes con los cuales tuvimos contacto por la hospedería o el trato personal, o por la Facultad de la Universidad Católica nos contaban que el trabajo para llevar a cabo la visita de Francisco era muy demandante, y que creían que muchos detalles logísticos y pastorales sufrirían las consecuencias. Muchos laicos también bien informados nos comentaban que la preparación adolecía bastante en aspectos prácticos como también de comunicación. Lo afirmaban personas de entendimiento y calidad que trabajaron en la visita de Juan Pablo II en 1987.

Mons. Juan Ignacio González, obispo de San Bernardo, escribió el 10 de enero lo siguiente con ocasión de la venida del Papa Francisco a Chile. Transcribo aquí parte del texto:

“¿Cómo recibirlo? Lo recibimos como a un Mensajero, un enviado que nos trae la Buena Nueva del Evangelio y que viene a nuestra misma casa a enseñarnos el camino de Jesucristo. Nos hablará con palabras de hombre, pero con un lenguaje divino. El Papa no viene a resolver las dificultades de un país, pero sí nos dará la solución para resolver esas dificultades: poner a Cristo en el centro, en el centro de la vida humana, de la sociedad, de la familia, de la política.

El Papa nos hablará con un lenguaje sencillo, fácil de comprender, con el conocimiento de la realidad de nuestra América y de nuestro país. Pero es necesario tener la disposición de abrir el corazón para oírlo con el alma, no solo con el cuerpo. Nos reuniremos cientos de miles de personas y volveremos a palpar la unidad de una nación en torno a los grandes principios en que ella está fundada, que son los del Evangelio. Será un momento que nos recordará Pentecostés.



En la comunidad, en el refectorio, mirando la misa del Papa Francisco en el Parque O'Higgins.

¿Qué nos dirá? Nos hablará del Pescador de Galilea, de Jesús y sus enseñanzas, nos pedirá que vivamos como hermanos, que nos ocupemos de todos, especialmente de los que sufren, de los descartados de la sociedad, los más pobres y desamparados, de los encarcelados, que son el mismo Cristo. Nos pedirá que no nos dejemos robar el alma por las cosas materiales, por un buen pasar material. Nos hará mirar hacia el cielo, abriendo de nuevo nuestra vida a lo trascendente, a Dios y a la vida eterna. Nos recordará que el fundamento de la vida comunitaria es la familia, fundada en el amor entre un hombre y una mujer y para siempre. Es cierto que sus palabras nos traerán paz, la Paz de Cristo. Nos dirá –seguro– palabras quemantes, exigentes, que nos harán reflexionar. Recibámoslas desde la humildad, que es la actitud propia de quien quiere aprender y mejorar. Y, de seguro, nos exigirá que salgamos de nuestra comodidad para anunciar con nuevo fervor a Cristo y su Evangelio a todos, con la palabra, el ejemplo y la coherencia de vida.

Y nos quedará una gran tarea. Reflexionar solos y en comunidad acerca de lo que el mismo Cristo, por medio de su Vicario, ha venido a decirnos a toda la comunidad nacional. Como los discípulos en Pentecostés, Francisco llegará con su palabra a todos los oyentes y cada uno lo escuchará según el lenguaje de su corazón. Es cierto que todos los momentos previos a la visita han sido intensos, lo mismo que los días de su presencia entre nosotros lo serán, pero no hay duda que lo más exigente y de mayor densidad espiritual será el después. ¿Qué nos dijo? ¿Qué me dijo?

Orar y agradecer. En estas horas y días que quedan para su llegada, oremos con mayor intensidad, pidamos para que nuestra patria se abra a sus enseñanzas y para que ellas nos ayuden a ser un país cristiano, de hermanos. El Papa tiene gran amor a la Virgen del Carmen, Reina de Chile, a ella le encomendamos su visita y le pedimos con fervor, que nos ayude a descubrir los tesoros que se esconden tras sus enseñanzas. Y, desde ya, demos gracias a nuestro Dios por la bondad que ha tenido con Chile al enviarnos su mensajero de la Paz”.

Sin duda estas palabras de aliento tomaron fuerza en la Iglesia chilena, pero la expectación al mismo tiempo era muchísima. El Papa Francisco ha impreso en todos, por sus documentos, por sus mensajes, y por lo que conocemos de él, la imagen de un hombre singular, sorprendente, tanto por su persona, como por su magisterio y por su estilo cercano; lo mismo, su visita despierta sumo interés. La expectación entonces entre los católicos comprometidos era muy grande. Muchos otros, de líneas más conservadoras, vivían estos meses de espera con cierta indiferencia.

## **La llegada**

En la tarde del lunes 15 de enero, luego de las Vísperas, nuestro televisor ya estaba instalado en la cocina. Seguramente muy pocos en el país se excluyeron de ver la llegada de Francisco a Chile. La acreditación para la feligresía que lo esperaba estaba reducida por seguridad a un sector del aeropuerto de Santiago y a las inmediaciones de la nunciatura en la comuna de Providencia. Fue entonces con el bajar el Papa Francisco del avión, cuando comenzaron a contar los minutos para la Iglesia de Santiago y la prensa. Francisco, al igual que como hizo en 1987 san Juan Pablo II, puso a prueba los nervios de unos y otros: periodistas, Gobierno, jerarquía... Pero el gozo y entusiasmo era tal, y tanta la gente que se apostaba en las calles para seguir el convoy y luego el papamóvil, que muchos de los oscuros vaticinios de una hosca recepción se diluyeron con rapidez.

Cuando el Santo Padre bajó de su vehículo para dirigirse a la puerta de la Nunciatura Apostólica, hizo un rodeo para saludar a los fieles que allí aguardaban. Por la televisión pudimos ver a muchos amigos del monasterio y gente conocida. Familias y alumnos de colegio, movimientos y grupos de jóvenes universitarios, hasta la Hna. Macarena de Rengo apareció radiante de entusiasmo besando la mano del Papa. El santo Padre se veía también muy feliz y fresco, capeando la cuadrilla de seguridad que lo perseguía.

Al día siguiente, martes, a primera hora de la mañana fue el encuentro de su Santidad con las autoridades de gobierno en el Palacio de La Moneda. Para buena impresión de muchos y verdadera alegría, los que seguimos por televisión o internet este momento notamos que la presidente de la República, Michelle Bachelet, al igual que ayer, en el aeropuerto, lo esperaba de pie frente a la casa de Estado, acompañándolo hasta el podio instalado en uno de los patios. De verdad que la actitud de la presidente, sin ser ella creyente, se veía de un sincero agrado con Francisco, porque se notó en todas las actividades. En La Moneda, en la visita a la cárcel de mujeres y la despedida en Iquique. En verdad es evidente que el Papa imprime en todos la certeza de ser un hombre íntegro que trae un mensaje claro y conciliador, lleno de alegría, sencillez y esperanza.

La jefa de Estado dio un discurso de bienvenida sin grandes luces, bastante diplomático y convencional, ponderando las bondades que la creación ha dado a nuestra geografía. Un discurso más bien plano y de formato fijo. Cuando fue el turno de Francisco, se notó de inmediato su tinta valiente y directa, su lenguaje pausado y claro. Mirando a los ojos de cada uno, los invitaba a escuchar y a agradecer. Decía: “Hay que escuchar a los niños, que se asoman al mundo con sus ojos llenos de asombro e inocencia y esperan de nosotros respuestas reales para un futuro de dignidad... Y aquí no puedo dejar de manifestar el dolor y la vergüenza, vergüenza que siento ante el daño irreparable causado a niños por parte de ministros de la Iglesia”. Cuando dijo esta frase, los medios de comunicación, la prensa y todo el mundo ya tenían fuste suficiente para grandes titulares. “El Papa reconoce el pecado de la Iglesia y pide perdón”. “El Papa es consciente de los abusos protagonizados por sacerdotes”... “El Papa reconoce que Karadima es culpable”, entre otras palabras que se llegaron a decir. Y Francisco agregó: “Me quiero unir a mis hermanos en el episcopado, ya que es justo pedir perdón y apoyar con todas las fuerzas a las víctimas, al mismo tiempo que hemos de empeñarnos para que no se vuelva a repetir”.

## **El Mensaje**

El martes 16 de enero, después del almuerzo la comunidad, con excepción de sólo algunos, los mayores, partimos en metro a la Catedral Metropolitana para escuchar el mensaje del Santo Padre a los sacerdotes y consagrados. La mayoría de los asistentes en la catedral ya estaban allí. Monjas, seminaristas, comunidades completas... venían peregrinando desde el Parque O’Higgins donde fue la misa

a las 10:30 de la mañana. Ahora era media tarde, hacía mucho calor, pero el entusiasmo se podía percibir palpitando fuerte en el ambiente. Quienes organizaron la actividad en la Catedral pensaron animar la espera de la llegada del Papa con un ambiente de oración. Algunos miembros de diferentes comunidades se turnaban para dirigir algún misterio del Rosario. De nosotros fue convocado el Hno. Javier, aviso que llegó al monasterio con meses de anticipación. Aunque la idea era muy buena, sin embargo, en ese momento la algarabía y excitación colectiva eran tales, sobre todo por parte de las monjas, que fue imposible hacer silencio y menos un recogimiento. Las monjas por lo general no se ven muy a menudo, especialmente las contemplativas de claustro papal. Los varones, sacerdotes, religiosos y seminaristas se saludaban a gritos de una columna a otra de la nave o se daban fuertes y sonantes abrazos, risas y otras efusiones de amistad y alegría contenida. Fue realmente imposible guardar silencio, rezar o escuchar y cantar con el coro y algunos solistas de renombre, como el P. Cristóbal Fons.

Mientras esperábamos, el Papa Francisco estaba en la cárcel de mujeres, visita que fue transmitida por las muchas pantallas instaladas en el templo. Una vez de regreso, el Papa Francisco enfilaría a la Catedral. Pudimos ver lo de la cárcel y el trayecto. Cuando el Papa entró por el atrio, sólo se escuchaban gritos de alegría y aplausos a un hombre de blanco, de estampa alta, que caminaba con paso ágil, pero con el rostro un poco cansado. De inmediato se dirigió a la imagen de la Virgen del Carmen para orar unos segundos y depositar una ofrenda floral. Después, en el presbiterio, le instalaron una pequeña mesa con una silla. Se acomodó y se leyó un pasaje del Evangelio de san Lucas. Cuando el lector se retiró, todas las miradas y cámaras se enfocaron en Francisco. El silencio era total. Entonces su Santidad comenzó a hablar.

Lo que recibimos del Papa fue una *lectio divina* orientada a la vida consagrada. A partir de un texto tomado del Evangelio según san Juan (21,1-19), el Papa nos propuso compartir tres momentos de Pedro y de la primera comunidad: Pedro/la comunidad abatida, Pedro/la comunidad “misericordiada”, y Pedro/la comunidad transfigurada.

Los que no alcanzábamos con la vista a mirar el pequeño escritorio y al Papa sentado tras él, seguíamos la reflexión estáticos, de pie, mirando las pantallas. Transcribo aquí parte de la reflexión del Santo Padre:



Momento de la llegada del S. Padre Francisco a la Catedral de Santiago.

*«Pedro abatido y la Comunidad abatida:*

(...) Son las horas del desconcierto y la turbación en la vida del discípulo. En los momentos en los que la polvareda de las persecuciones, tribulaciones, dudas, etc., es levantada por acontecimientos culturales e históricos, no es fácil atinar con el camino a seguir. Existen varias tentaciones propias de ese tiempo: discutir ideas, no darle la debida atención al asunto, fijarse demasiado en los perseguidores... y creo que la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación. Sí, quedarse rumiando la desolación. Y esto es lo que les pasó a los discípulos.

Como nos decía el Card. Ezzati, “la vida presbiteral y consagrada en Chile ha atravesado y atraviesa horas difíciles de turbulencias y desafíos no indiferentes. Junto a la fidelidad de la inmensa mayoría, ha crecido también la cizaña del mal y su secuela de escándalo y deserción”.

Momento de turbulencias. Conozco el dolor que han significado los casos de abusos ocurridos a menores de edad y sigo con atención cuanto hacen para superar ese grave y doloroso mal. Dolor por el daño y sufrimiento de las víctimas y sus familias, que han visto traicionada la confianza que habían puesto en los ministros de la Iglesia. (...) A menudo soñamos con las “cebollas de Egipto” y nos olvidamos que la tierra prometida está delante, no atrás. Que la promesa es de

ayer, pero para mañana. Y entonces podemos caer en la tentación de recluarnos y aislarnos para defender nuestros planteos que terminan siendo no más que buenos monólogos. Podemos tener la tentación de pensar que todo está mal, en lugar de profesar una “buena nueva” (...).

### *Pedro misericordiado, la Comunidad misericordiada*

Es la hora de la verdad en la vida de la primera comunidad. Es la hora en la que Pedro se confrontó con parte de sí mismo. Con la parte de su verdad que muchas veces no quería ver. Hizo experiencia de su limitación, de su fragilidad, de su ser pecador. Pedro el temperamental, el jefe impulsivo y salvador, con una buena dosis de autosuficiencia y exceso de confianza en sí mismo y en sus posibilidades, tuvo que someterse a su debilidad y pecado (...). Después de comer, Jesús invita a Pedro a dar un paseo y la única palabra es una pregunta, una pregunta de amor: “¿Me amas?”. Jesús no va al reproche ni a la condena. Lo único que quiere hacer es salvar a Pedro. Lo quiere salvar del peligro de quedarse encerrado en su pecado, de que quede “masticando” la desolación, fruto de su limitación; salvarlo del peligro de claudicar, por sus limitaciones, de todo lo bueno que había vivido con Jesús. Jesús lo quiere salvar del encierro y del aislamiento. Lo quiere salvar de esa actitud destructiva que es victimizarse o, al contrario, caer en un “da todo lo mismo” y que al final termina aguando cualquier compromiso en el más perjudicial relativismo (...).

¿Qué es lo que fortalece a Pedro como apóstol? ¿Qué nos mantiene a nosotros, apóstoles? Una sola cosa: Fuimos “*tratados con misericordia*”. (1 Tm 1,12-16). “En medio de nuestros pecados, límites, miserias; en medio de nuestras múltiples caídas, Jesucristo nos vio, se acercó, nos dio su mano y nos trató con misericordia. Cada uno de nosotros podría hacer memoria, repasando todas las veces que el Señor lo vio, lo miró, se acercó y lo trató con misericordia”<sup>2</sup>. Los invito a que lo hagan. No estamos aquí porque seamos mejores que otros. No somos superhéroes que, desde la altura, bajan a encontrarse con los “mortales”. Más bien somos enviados con la conciencia de ser hombres y mujeres perdonados. Y esa es la fuente de nuestra alegría (...).

---

2 Videomensaje al CELAM con ocasión del Jubileo extraordinario de la Misericordia en el Continente americano (27 de agosto de 2016).

El Pueblo de Dios no espera ni necesita de nosotros superhéroes, espera pastores, hombres y mujeres consagrados, que sepan de compasión, que sepan tender una mano, que sepan detenerse ante el caído y, al igual que Jesús, ayuden a salir de ese círculo de "masticar" la desolación que envenena el alma.

### *Pedro transfigurado, la comunidad transfigurada*

Jesús invita a Pedro a discernir y así comienzan a cobrar fuerza muchos acontecimientos de la vida de Pedro, como el gesto profético del lavatorio de los pies. Pedro, el que se resistía a dejarse lavar los pies, comenzaba a comprender que la verdadera grandeza pasa por hacerse pequeño y servidor<sup>3</sup>.

¡Qué pedagogía la de nuestro Señor! Del gesto profético de Jesús a la Iglesia profética que, lavada de su pecado, no tiene miedo de salir a servir a una humanidad herida.

Pedro experimentó en su carne la herida no sólo del pecado, sino de sus propios límites y flaquezas. Pero descubrió en Jesús que sus heridas pueden ser camino de Resurrección. Conocer a Pedro abatido para conocer al Pedro transfigurado es la invitación a pasar de ser una Iglesia de abatidos desolados a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de ponerse al servicio de su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo... (cf. Mt 25,35).

(...) Renovar la profecía es renovar nuestro compromiso de no esperar un mundo ideal, una comunidad ideal, un discípulo ideal para vivir o para evangelizar, sino crear las condiciones para que cada persona abatida pueda encontrarse con Jesús. No se aman las situaciones ni las comunidades ideales, se aman las personas.

El reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites, lejos de alejarnos de nuestro Señor nos permite volver a Jesús sabiendo que "Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece... Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura

---

3 *El que quiere ser el primero debe hacerse el último de todos y el servidor de todos* (Mc 9,35).

original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual”<sup>4</sup>. Qué bien nos hace a todos dejar que Jesús nos renueve el corazón (...).

“La Iglesia que yo amo es la Santa Iglesia de todos los días... la tuya, la mía, la Santa Iglesia de todos los días... Jesucristo, el Evangelio, el pan, la eucaristía, el Cuerpo de Cristo humilde cada día. Con rostros de pobres y rostros de hombres y mujeres que cantaban, que luchaban, que sufrían. La Santa Iglesia de todos los días”<sup>5</sup>.

Te pregunto: ¿Cómo es la Iglesia que tú amas? ¿Amas a esta Iglesia herida que encuentra vida en las llagas de Jesús?

Durante las breves pausas que Francisco se daba para tomarse un respiro acompañado de un sorbo de agua, los aplausos hacían brillar la catedral. El ambiente era de un respeto y devoción inusuales para todos nosotros. Muchos expertos de la doctrina del Papa Francisco afirman que el mensaje dado a los religiosos fue uno de los más importantes y más “propios” de él, no sólo en esta visita pastoral, sino incluso de su magisterio. Es un mensaje digno de ser re-leído y re-meditado, tanto en lo personal como en alguna actividad comunitaria. Porque hay muchos temas cruzados que juntos transmiten la voz de alarma contra la tristeza, la desesperanza y el cansancio. Todavía hoy, cuando repaso estos textos tengo en lo personal bastante material para meditar mi propia consagración y animar a otros a que también lo hagan: cuántas veces nos quedamos mirando la desolación, como congelados, parados, inermes ante la falta de vocaciones y la deserción de algún hermano de comunidad, un conocido, etc. ¿Estoy dispuesto a mostrar mis propias heridas? ¿Estoy dispuesto a mostrarme delante de los demás, así como monje, pero al mismo tiempo débil y misericordiado, dando testimonio de que el Señor Jesús también se ha apiadado de mí? ¿Cómo renovamos nuestra esperanza en el mañana? ¿Cómo renovar la profecía de nuestro compromiso?

Cuando el mensaje concluyó hubo una fuerte ovación y saludo, con aplausos y gritos. El Papa, al salir, no lo hizo por la nave central sino que se dirigió a la sacristía, donde continuaba un encuentro con los obispos de Chile.

---

4 Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 11.

5 “*La Iglesia que yo amo*”, Oración del Card. Raúl Silva Henríquez.

Mientras tanto, en el templo catedral volvían los cantos, la música y los gritos de saludo entre todos. Nosotros debimos esperar bastante rato para reencontrarnos en el atrio, terminar de saludar a tantos, entre ellos, la comunidad de Quilvo casi en pleno y a muchos sacerdotes y religiosas. Por razones de seguridad, los accesos al metro estaban cerrados y sólo era posible abandonar el perímetro del Templo Catedral varias cuadras más hacia el norte o el oriente. Casi todo el casco céntrico de Santiago estaba cerrado al paso de vehículos. Una vez ya en la estación Santa Lucía, entramos al tren urbano en dirección a Las Condes y al monasterio. La señora Nola, una de nuestras empleadas que nos ayuda con la hospedería y su yerno Fernando, nos estaban esperando y nos llevaron de regreso al monasterio. En casa, los que se quedaron gozaron de una buena transmisión de los encuentros en la cárcel de mujeres y la catedral, viéndolo por el televisor en la cocina.

## **Despedida y desafíos**

Después de estos sucesos, fue el viaje y el encuentro en Iquique. Por razones que todavía muchos se preguntan, el lugar escogido para la gran misa con el Papa, la Playa Lobito, no fue el más idóneo. Más de veinte kilómetros debió recorrer el Santo Padre y el convoy de peregrinos. Los medios de comunicación ponían el acento, al igual que en lo de Temuco, en la baja convocatoria y el evidente poco interés de los fieles por ver al Papa. No podemos conocer ahora los detalles de la organización del encuentro y Misa, ni menos juzgar. Pero al menos en lo que pudimos ver tanto en Iquique como en Temuco, fue una celebración Eucarística bellísima, los altares en ambas celebraciones diseñados con detalles decorativos típicos de la zona. Muchos acólitos, el clero completo y gran cantidad de familias. Muchos del clero de Santiago se trasladaron a ambas ciudades para estar también allí.

Esa tarde fue la ceremonia de despedida en el aeropuerto de Iquique, con la imponente imagen del desierto de Atacama, cuadro precioso para enmarcar la figura del Papa Francisco. Sobre la losa, cerca del avión, lo esperaba la Presidenta Michelle Bachelet, quien al igual que en la bienvenida, lo estrechó en un muy sentido y afectuoso saludo, acompañándolo hasta la escalerilla del avión.

Mientras veíamos estas imágenes, los locutores y periodistas que cubrían esta despedida contaban con una nueva noticia, verdadera golosina para los medios del mundo: "El Papa Francisco defiende a Monseñor Barros". Desborda

el cometido de esta crónica explicar aquí el enredo de este asunto tan enojoso para la conferencia episcopal chilena, el clero y los católicos comprometidos. Sólo para bosquejar puedo mencionar que Monseñor Juan Barros, obispo titular de Osorno fue en su momento discípulo del P. Fernando Karadima, quien desde 2010 está acusado de diversos abusos tanto sexuales como de poder y de manipulación de conciencia. El clero de la ciudad de Osorno lleva un buen tiempo elevando pancartas y reclamos afirmando que para ellos, es una afrenta que un obispo que fue cómplice en su momento de esos abusos ahora gobierne la diócesis. Entonces ahora, luego de una de las misas, el Papa Francisco espetó a un grupo de periodistas afirmando categóricamente que con lo de Mons. Barros “son sólo calumnias, mientras no haya pruebas que lo demuestren, son calumnias”. Con estas palabras la noticia corrió como el aceite sobre una tela, eclipsando el bellissimo mensaje de Francisco.

El Santo Padre Francisco dejó Chile en esa soleada tarde de enero volando hacia Perú para continuar con una nueva visita. Es mucho lo que nos queda para trabajar. Creo que es una tentación muy fuerte detenerse en los dichos de los medios de comunicación y las palabras no siempre acertadas de tantos comentaristas y sofistas de las comunicaciones. Porque la verdad es que como cristianos, como monjes y consagrados, nos toca difundir y dar a conocer el mensaje del Papa, releerlo, meditarlo, revisarlo y explicarlo para iluminarnos a nosotros mismos, revisando nuestro propio camino, pero para ayudar a que otros también lo hagan.

La visita de un Papa no es algo anecdótico circunscrito en el ámbito de lo interesante o políticamente importante para la conveniencia de un país o cierto grupo de personas. Estas visitas vienen a alimentarnos en la fe, y por ello es siempre casi una obligación el sacarles provecho y revisarlas. Espero que el paso del tiempo y las circunstancias de nuestra Iglesia chilena no disuelvan la fuerza de este mensaje siempre actual.

*Abadía de la Santísima Trinidad  
Casilla 27021 – Santiago 27  
CHILE*